

CRISTIANDAD

Pío XII

Editorial



**La obediencia
sobrenatural al Papa y a la Jerarquía**

por José Ricart Torrens, Pbro.



Un millón de muertos

por Carlos Feliu de Travy

**La amenaza comunista
es mayor que nunca**

de la Quincena política

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Notas de la Administración

■ Nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono 22 24 46.

■ Agradeceremos a nuestros suscriptores que nos avisen de cualquier irregularidad que observaren en la recepción de la Revista, lo que nos facilitaría poder subsanar su origen y servirles los números que les faltaren.

■ Informamos también a todas las personas que se han suscrito a CRISTIANDAD con posterioridad a la fecha de iniciación de la Revista, que tenemos coleccionados, en volúmenes por años, la totalidad de los números publicados.

A los que deseen adquirir varios tomos y les resulte de mayor comodidad satisfacer la cuenta en plazos mensuales, podemos ofrecerles esta modalidad de pago sin que ello signifique aumento alguno en el coste.

La Administración



COLECCION DE CRISTIANDAD

DESDE LA FECHA DE SU INICIACION EN EL AÑO 1944

Colecciones encuadernadas de Cristiandad

Tomos, años 1944 a 1951: a 150 pesetas cada volumen de un año

Tomos, años 1952 a 1954: a 186 pesetas cada colección de un año

("Cristiandad" y "Documentos Pontificios")

Encuadernaciones

Tapas, índices y ejemplares sueltos para completar colecciones

Precio de este ejemplar: 7'50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIALES

Pío XII, por C. F., págs. 97 y 98.
La «victoria» y las «dos Españas», por P. L. C.,
pág. 98.
Suprema dignidad, por F. T., pág. 99.

PLURA UT UNUM

Su Santidad el Papa bendice a CRISTIANDAD, pág. 102.
El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Solsona bendice a CRISTIANDAD, pág. 100.
11 de marzo de 1956: Cuarenta mil personas asisten en San Pedro a la ceremonia religiosa en el octogésimo aniversario de Su Santidad el Papa, pág. 101.
Sesión académica organizada por la Acción Católica en honor del Romano Pontífice. Discurso conmemorativo pronunciado por el Cardenal Siri, pág. 102.
Para «sentir con la Iglesia»: La obediencia sobrenatural al Papa y a la Jerarquía, por José Ricart Torrens, Pbro., págs. 103 y 104.
Un millón de muertos, por Carlos Feliu de Travy, págs. 105 y 106.
La Cruzada de Occidente: Los pies en alto, por Eduardo Conde, pág. 107.
En el Centenario de Menéndez y Pelayo: La «generación del 98» precursora y artífice de la Institución Libre de Enseñanza, fragmento de la Exhortación Pastoral del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, 7 febrero de 1956.

EL BIELDO Y LA GRIBA

La novedad del «progresismo», por M. Alonso Sierra, págs. 108 y 109.
Los que juegan al Catolicismo, por Francisco Salvá Miquel, pág. 110.

DE ACTUALIDAD

De la quincena política: Leyendo y brujuleando, por José-Oriol Cuffi Canadell, «Shehar Yashub», págs. 111 y 112.



NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Pío XII

Su Santidad el Papá Pío XII, cuyo octogésimo aniversario celebramos jubilosamente todos los católicos en estas fechas, sube al solio pontificio en momentos de suma complejidad para la paz mundial. El hecho ocurre en marzo de 1939. El enrarecimiento de la atmósfera internacional alcanza en aquel entonces grados de máxima tensión. En lo espiritual, los augurios no son más esperanzadores. Y es que, en último término, las posibilidades destructivas que esconde el "orden" material existente tienen por causa un enorme vacío espiritual. El paréntesis de inquietud desemboca, al cabo, en la catástrofe. La guerra ha empezado con una chispa — Dantzig — y acaba entre resplandores de hoguera dantesca que cubre el centro de Europa y que, por obra de la bomba atómica, adquiere en Asia trazas de apocalíptica visión nunca soñada por humanos. Después viene la paz. Si es que cabe hablar de paz donde reina la desolación y la ruina. Si es que el nombre de paz no resulta un sarcasmo cuando el panorama ideológico es de total confusión. Por eso, y como no se ha producido la verdadera paz de los espíritus, aun en lo material mejor que de paz se nos habla de guerra fría. Y así se ha ido caminando hasta llegar a los actuales momentos.

El estudio del pontificado de Pío XII, la valoración exacta de cuya grandeza ha de darnos la Historia, cuando al favor de los años cuente con la adecuada perspectiva, pide no olvidar esas peculiares circunstancias.

Conviene notar, con todo, que la comprensión de la especial complejidad del mundo presente no se logra teniendo únicamente en cuenta el simple desconcierto en el orden internacional que puede haber causado el odio entre las naciones, basado en motivos ancestrales, o la disparidad ideológica que cabe las separe. Descendiendo desde ese plano superior al del individuo en particular, nos percatamos de que, el problema de la paz no le afecta tan sólo por la vía de su condición de miembro de una comunidad política, cuya existencia pueda verse amenazada en cualquier ocasión por el peligro de la guerra. Hay algo, en la esfera propia del vivir individual que es motivo de seria, constante e inmediata desazón. Junto al problema de las naciones o, si se quiere, por decirlo con términos a la vez más precisos y genéricos, de las comunidades políticas, existe un problema del individuo concreto. Desgraciadamente, la vuelta a la paz o el disfrute de la misma para aquéllas, no supone hoy, en principio, la posesión de la paz real y necesaria para el individuo. Cuando institucionalmente los pueblos se alejan de Dios, como ha ocurrido en nuestros tiempos y se ha puesto de manifiesto con trágica evidencia en las últimas décadas, el individuo llega a extremos de pavoroso desarraigo y de suma despersonalización. Es esclavo del medio en que se mueve. Se le dirige a la consecución exclusiva de arbitrarios fines materiales, en nombre de la técnica o de las promesas de un redentismo anticristiano y sin práctica apelación posible y efectiva a la propia dignidad de ser responsable.

En esas circunstancias era preciso que la palabra y el aliento divino llegara directamente hasta el hombre, para hacer luz en su conciencia y dotarle de la fuerza necesaria para superar la angustia vital en que se debate. Y la palabra y el aliento ha llegado por obra de la santidad prodigiosamente activa del Vicario

de Cristo. Ya en vísperas de la conflagración mundial, el Papa se dirigió a los gobernantes en un esfuerzo supremo por la paz. La voz de la Iglesia fué desoída. Pero, en medio de los horrores de la contienda, la voz y la figura del Papa, inmune a los zarpaos y a las acometidas brutales de la guerra, seguía siendo para todos la imagen de un poder situado por encima del tiempo y del espacio, cuya orientación permanecía firme e inmutable, sólo él dotado de virtud bastante para hacer sentir el influjo de su autoridad moral sobre todos. Todas y cada una de las grandes cuestiones que el paso de la guerra había levantando, fueron después objeto de la vigilante atención de Su Santidad. Las líneas generales de una ordenación cristiana de la paz que tenían que permitir el asentamiento del orden internacional sobre bases estables, el problema de los prisioneros de guerra, de los expatriados, de las muchedumbres desplazadas por las sacudidas de la conmoción bélica y por las embestidas de la persecución ideológica y religiosa, fueron, al lado de muchas otras, serena y eficazmente enjuiciadas por Pío XII. Por su medio, la Iglesia daba sobre todas aquellas cuestiones el único parecer capaz de conducir a los pueblos a una solución válida y eficaz. La palabra de Dios llegaba hasta el hombre.

En la encíclica "Summi Pontificatus", primera de las que dirigió al mundo católico Su Santidad Pío XII, decía el Papa que la base de la regeneración de la humanidad estaba en la del individuo según los principios de la Iglesia. Consecuente con esta afirmación, Pío XII ha dedicado una atención constante a hacer brillar la luz de la fe cristiana como norma y meta de la vida particular de cada hombre. Puede decirse que ningún sector social ni profesional, de cuantos componen la muchedumbre de los pueblos, ha escapado a la visión y a la palabra del Papa. También en los pucheros anda Dios, dijo la santa andariega de la Castilla de los tiempos dorados. Pío XII ha hecho verdadera la expresi-

ón que antecede a través de un magisterio que ha aproximado al hombre la concepción de una vida cristiana, cuyas exigencias afloran en todas esas cosas y esas actividades materiales, que por ser de tal naturaleza, olvida a veces el hombre tienen el sentido que para nuestra santa revestían los pucheros. Tranviarios, periodistas, metalúrgicos, banqueros, juristas, médicos, labradores, arquitectos, políticos han oído la voz del Papa que se dirigía y se dirige a ellos, para mostrarles la suprema trascendencia que para su propia santificación encierra el quehacer a que profesionalmente se entregan a diario. Por todo eso, nadie siente alejado de sí al Papa. El Papa está muy cerca de cada hombre, de cada cristiano, y ese milagro del acercamiento ha producido, como consecuencia lógica, la aproximación a Dios.

Pero la palabra del Papa ha ido acompañada siempre de una obra eficaz. El Papa no sólo ha enfrentado a las tinieblas con la luz, sino que a una acción materialista, des-cristianizadora, que discurre potente por todo el mundo, opone la acción salvadora de los cristianos. Ese es el sentido del apremiante llamamiento al Mundo Mejor, del que el Papa es a un tiempo máximo vocero y primer conductor. Por obra de esa acción, la Iglesia de Cristo contempla hoy esperanzada el despertar de núcleos vigorosos que, impelidos por la gracia, se prestan a extender la obra regeneradora del individuo y de los pueblos que ha de conducirnos a la auténtica paz.

"Oremus pro Pontifice nostro Pio". A la una con los fieles de todo el mundo católico elevamos hasta el solio pontificio el testimonio de nuestro gozo y de nuestra filial adhesión al Papa, en su octogésimo aniversario. Que Dios Nuestro Señor conserve a su Vicario en la tierra por muchos años, para el bien de la Iglesia y la salvación de la pobre y dolida humanidad.

C. F.

La "victoria" y las "dos Españas"

Quizá para alguien resulta de mal gusto el hablar de división en la fecha que conmemora precisamente la reconquista de la unidad; porque es cierto que desde entonces — y con mucha razón — el grito de "¡España, una!" ha sido un grito glorioso.

Pero es también de notar que desde entonces más de una vez ha llegado a los oídos de todos tan patriótica manifestación en compañía de no menos "patrióticas" ponderaciones de las "glorias" que precisamente hasta aquel 1.º de abril se consideraban antiespañolas, no sólo por anticatólicas, sino incluso por enemigas de nuestro acervo cultural.

De lo cual será lícito deducir que en la mente de quienes tales entusiasmos proclaman, la palabra "uni-

dad" debe ir revestida de especial sentido; especial sentido que no dejaría de tener su mucho de importancia si se llegara a conseguir inculcarlo como convicción en nuestros compatriotas, a quienes llevaría de la mano a un escepticismo muy "patriótico", pero más demoledor, y que irremediablemente nos habría de arrastrar a los tiempos del 36 ó peores.



España se vió cruentamente dividida — consecuencia de la acción de ciertas "glorias" españolas — en una guerra civil, a la que por divina misericordia dió fin la victoria del bando en que formaban los defensores de Dios. Pero — meditémoslo — si nuestra patria hubiera sido "una" con la mixtificación que arriba señalábamos — tan cara a ciertos "patriotas" —, no hubiera habido Cruzada, y a no dudar España sería hoy "una" República democrática, de cuño marxista.

Si en España — como en cualquier parte de nuestro miserable mundo — ha habido o hay división es porque no es oro todo lo que reluce, pues lo que en realidad divide es — como decía el Cardenal Gomá — el bien y el mal. Y inducir en las almas el deseo de unidad entre ambos es el fraude más trágico que se puede cometer.

P. L. C.

Suprema Dignidad

Hace pocos días tenía lugar entre nosotros la celebración del "Día del Seminario". En nuestros templos se oraba por el Seminario, se pedía a los fieles la ofrenda de donativos para la formación de futuros sacerdotes. Oíamos las palabras del sacerdote: qué era el Seminario, qué pretendía, qué eran los sacerdotes, cuál su dignidad, cuán sentida la necesidad de contar con ellos en el número y calidad suficientes para la santificación de los fieles. Los fieles éramos nosotros, cuantos acudíamos en la mañana dominguera a cumplir con el precepto de la Iglesia. Los que después del ofertorio, nos sentábamos en los bancos del templo y abríamos oídos y corazón a la palabra del ministro de Dios.

Cualquiera de las ideas que cualquiera de nosotros halló expuestas a lo largo del sermón dominical, podrían servir para hilvanar este comentario, dirigido a recordar la intención del Apostolado de la Oración, y que es, en este mes, "que los sacerdotes y los fieles tengan recto criterio acerca de la vocación y de la dignidad sacerdotal y religiosa". Yo quiero recordar una. Mejor, acierto a recordar una por encima de todas. Decía el sacerdote que desde hace ya bastante tiempo escasean las vocaciones sacerdotales entre las gentes que pertenecen a ese sector social que se conoce con el nombre de "clase pudiente". Concluía que el hecho denunciaba una depreciación o, por lo menos, un desconocimiento característico de la dignidad excelsa del sacerdote. Hemos oído comentar el fenómeno en diversas ocasiones. Se funda, sin duda, en una efectiva realidad.

Ahora bien; con independencia de la clase o sector social a que uno pertenezca ¿no cabría hablar de un cierto desconocimiento general de la dignidad del sacerdocio en nuestro medio? No siempre nos damos cuenta de la importancia del sacerdote y de la excel-situd de su misión. Abunda entre nosotros la crítica del sacerdote, la exposición velada o desenfadada de sus posibles defectos: la personalidad humana del sacerdote queda en algunas ocasiones malparada, por efecto de nuestras críticas. No tenemos intención de inferir directo agravio a la dignidad

EN EL CENTENARIO DE MENÉNDEZ Y PELAYO

LA «GENERACION DEL 98» PRECURSORA Y ARTIFICE DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

Los que de intelectuales se preciaban, mal avenidos con el cetro de la crítica literaria puesto por la Providencia en manos de Menéndez y Pelayo, repudiaron siempre sus orientaciones, urdieron afanosamente la conspiración del silencio en torno de sus obras y le regatearon sus méritos con estudiada cicatería. Los que más suavemente le motejaron, le tenían por uno de esos prodigios de memoria en quienes la casi total ausencia de entendimiento abona la teoría de que una facultad se desarrolla siempre a expensas de las otras, y justifica el dicho vulgar de que la memoria es el talento de los tontos.

Pero esto eran brisas halagadoras junto a la borrasca que antes de mucho tenía que estallar, y estalló, contra él. Blanco de sus diatribas acedas y brutales le hizo en ocasiones la crítica con injurias, dieterios y denuestos no menos falsos que virulentos. No tenemos reparo en consignarlo. Las injurias, como los manchones de nieve en la montaña, se deshacen ellas solas, sacándolas a la luz del sol, y las sombras que en lo moral como en lo físico suelen rodear las alturas, marcan con precisión los contornos de las grandes figuras históricas.

Por otra parte ¿quiénes fueron los que amargaron con sus invectivas la serena placidez de sus estudios y de su ingenio? Fueron, para comprenderlos todos en un solo epígrafe, los socios en comandita de lo que se ha llamado "generación del 98", precursora en un principio, y luego artífice justiciable de La Institución Libre de Enseñanza, nacida realmente de la alianza oscura del intelectualismo peninsular, pedantesco y semipagano, con el sectarismo de la extranjería antiespañola.

Entonces, según se ha dicho, se formalizó la enfermedad del masoquismo nacional, que importa, como es sabido, el gusto patológico de hurgar y de insistir en el propio desdoro y desprestigio.

(De la Exhortación Pastoral del Excmo. y Rldmo. Sr. Arzobispo de Burgos, 7 de febrero de 1950.)

sacerdotal, pero de rechazo la dañamos cuando nos "metemos" con la persona concreta de tal o cual sacerdote. Eso, desde luego, no está bien. Pero, si en muchas ocasiones puede responder la crítica a un sincero deseo de perfilar por el contraste el ideal de sacerdote a que se aspira, entonces está peor si, al propio tiempo — y sucede así casi siempre —, no pensamos que el factor básico para contar con buenos sacerdotes reside en lo material en la formación de un clima de respeto y de veneración hacia la suprema dignidad del sacerdocio.

Los que sienten la vocación sacerdotal y religiosa deben pedir a Dios luz para comprender la sublimidad de la misión a que la llamada interna voca-

cional les encamina. ¿Cómo no esperar una ejemplar plenitud en el desenvolvimiento de la vocación, cuando se tiene recta conciencia de lo que ésta significa? Los que no se han visto dirigidos por el impulso divino hacia vías tan excelsas, han de rogar a Dios no les falte nunca la asistencia del sacerdote santo, el modelo de la entrega total a la perfección propia del religioso, que despierta a su alrededor el anhelo de santificación. Así iremos formando ese clima de veneración y de respeto de que antes hablábamos. Así, en el respeto y en la veneración con que los demás les miran, verán el sacerdote y el religioso lo mucho que se deben a Dios, que les quiso para luz y para ejemplo.

F. T.

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Solsona bendice a «Cristiandad»

CRISTIANDAD se goza hoy con la Bendición del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Vicente Enrique Tarancón, Obispo de Solsona, y en la actualidad Secretario del Episcopado español.

Al expresar humildemente la íntima gratitud que siente por esta Bendición, CRISTIANDAD cree su deber afirmar su propósito de fidelidad y entrega al servicio de la Iglesia y su deseo de servirla según las directrices y consignas de su Jerarquía, a la que, en la persona del Secretario del Episcopado español, expresa de nuevo, con este motivo, su incondicional adhesión y obediencia.

LA DIRECCIÓN



El Obispo de Solsona

13 marzo 1956.

Sr. D. Fernando Serrano.
Director de CRISTIANDAD.
Barcelona.

Amadísimo en Cristo: Hace tiempo que sigo con interés la campaña magnífica que realiza «Cristiandad». Últimamente he visto con verdadera satisfacción la importancia que han dado a la consigna de los Rvdmos. Metropolitanos de «Sentir con la Iglesia» y la seguridad y el entusiasmo con que la propugnan constantemente.

Para nadie es un secreto que vivimos en nuestra Patria momentos de confusión. Los mismos hijos de la Iglesia—por otra parte buenos y fieles—empiezan a desconfiar de su Madre y recelan de la actuación de la Jerarquía Eclesiástica. Y con más buena voluntad que acierto manifiestan no pocas veces su recelo y quisieran que la Iglesia y su Jerarquía se acomodasen a su criterio, en vez de sujetarse ellos dócilmente a la que es Maestra de la Verdad y a los que tienen la misión de dirigir y gobernar la Iglesia.

Por eso es tan interesante hacer un poco de luz en medio de esta confusión y sentar claramente la doctrina que han de aceptar todos los verdaderos hijos de la Iglesia.

«Cristiandad» ha sabido cumplir su deber en estos momentos y está haciendo una maravillosa labor—aunque algunos le censuren el apasionamiento que pone en esta tarea, sin darse cuenta que tan sólo una defensa apasionada de la verdad puede ser eficaz en estos momentos—y merece por ello la gratitud de la Iglesia y la bendición más efusiva de la Jerarquía.

De todo corazón les bendigo y pido al Señor que les dé su gracia para no desfallecer en el camino emprendido.

Ruégole que ofrezca mis respetos a todos los Redactores de esta Revista, y para todos ellos y para todos los amigos de «Cristiandad» les envío la más cordial Bendición. Affmo. s. s. y Capellán en Cristo.

+ Vicente, Obispo de Solsona

Cuarenta mil personas asisten en San Pedro a la ceremonia religiosa en el octogésimo aniversario de Su Santidad el Papa

Solemne Pontifical celebrado en presencia de veintinueve Cardenales y de ciento cincuenta y una Misiones extraordinarias. La Bendición a la multitud apiñada bajo los paraguas, en la Plaza de San Pedro

Apenas había terminado, el 12 de marzo de 1939, la solemne ceremonia de la coronación de Pío XII, cuando el venerable Decano del Sacro Colegio, el Cardenal Granito Pignatelli di Belmonte, se aproximó al Sumo Pontífice y con voz conmovida le dirigió una felicitación rica en acentos proféticos: "prospere procede et regna". Esta felicitación, a los diecisiete años del memorable acontecimiento, la reiteró, el día 11 de marzo de este año, al Papa el mundo entero, unido por medio de la radio a la multitud que llenaba la basílica de San Pedro, y le ha sido de nuevo expresada en la misma basílica, adonde se ha dirigido la Capilla Papal, en el aniversario de la Coronación, por las Misiones extraordinarias de cincuenta y un países de todos los continentes. Felicitación expresada en todos los idiomas del universo, pero unánime y unívoca: *conceda el Señor prosperidad y vida a su Vicario y haga que Él pueda ver coronada, para el bien de la humanidad, toda su incansable obra de paz.*

El rarísimo invierno de este año nos reservó ayer mañana lo que no fué precisamente una agradable sorpresa: poco después del alba, una copiosa nevada cayó sobre la ciudad, blanqueando rápidamente los tejados y las calles desiertas. No obstante, cuando los "sampietrini", alrededor de las 7, abrieron las puertas, se hallaba ya ante la entrada del templo una notable multitud constituida por los que, ansiosos de acaparar los mejores puestos, habían desafiado el tiempo adverso para ser los primeros en entrar. La afluencia de fieles se intensificó hacia las 8, mientras en la plaza notábase el rápido vaivén de automóviles y de "pullmans", característico de estas circunstancias. A las 9,30, la basílica se hallaba repleta hasta el punto de que, no digamos ya los retrasados, sino aún aquellos llegados con poco margen de antelación, tuvieron que pasar no pocas fatigas para lograr alcanzar la parte final de las naves. Otras cuarenta mil personas se acomodaron en la basílica.

El templo estaba resplandeciente de luces reflejas y de lámparas que hacían resaltar, con cálidos matices de colores, las colgaduras que ornaban las naves y los valiosos elementos decorativos del conjunto.

En el vano del ábside, una amplia tribuna acogía a los componentes de las Misiones extraordinarias, mientras en otros tribunas dispuestas también en el crucero, habían tomado lugar los miembros del Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede. En el ábside, también, un extenso banco acogió a una importante representación del Episcopado.

El Sumo Pontífice, que descendió a las 9,30 en forma privada a la capilla del Sacramento, se revistió del manto papal y la tiara y subido en la silla gestatoria, pasando por delante de la capilla de la Piedad, recorrió la nave central, precedido de los cardenales y acompañado de los dignatarios eclesiásticos y laicos de la Corte pontificia. El Sacro Colegio estaba representado por veintinueve cardenales.

Apenas el Papa apareció en el fondo de la nave, una impresionante aclamación se elevó de la multitud, acompañada de un agitar de pañuelos multicolores: la manifestación fué cobrando progresivamente carácter de mayor grandiosidad, mientras Pío XII, bendiciendo, se dirigía hacia el altar de la Confesión. En un momento dado, los vivas al Papa cubrieron el sonido de las trompetas de plata que en el alto del aula de la Bendición interpretaban la marcha de Silveri.

Llegado el cortejo al altar, el Papa, dejando la silla gestatoria y quitada la tiara, se situó a la derecha del Cardenal Tisserant, que celebró la Misa pontifical y recitó con él la "Confessione". Sentóse luego en el trono, levantado frente al altar de la Cátedra, en el que recibió la obediencia de los miembros del Sacro Colegio.

Proseguía entretanto la Misa, oficiada como se ha dicho por el Cardenal Decano Tisserant; asistieron en funciones de diácono y de subdiácono los Cardenales Canali y Ottaviani, mientras el Arzobispo de Turín, Cardenal Fossatti, actuaba de Prete Asistente.

Cuando el Cardenal Tisserant entonó el "Credo" todos los Cardenales se situaron en semicírculo en torno del Santo Padre y con él recitaron la profesión de fe. Al "Sanctus" los Purpurados volvieron de nuevo en torno al trono y entonces el Papa se arrodilló en el "faldistorio" hasta después de la Elevación.

Terminada la Misa, el Cardenal Decano hizo el anuncio, en latín, de la concesión de la Indulgencia Plenaria que podía lucrarse, con las condiciones acostumbradas, por cuantos habían asistido al sagrado rito, sea en la basílica, sea "opere radiophónico", esto es, a través de la radio. Tal anuncio debía haberse hecho después de la bendición desde la logia exterior, pero el Papa, a fin de que los fieles no tuvieran que esperar al descubierta, bajo la nieve, dispuso que la concesión de la indulgencia fuese anunciada en seguida.

No obstante, cuantos habían participado en la función, después de tributar una nueva y ferviente manifestación a Pío XII mientras abandonaba la basílica — así como un gran número de otros fieles — se reunieron en la plaza de San Pedro aclamando al Papa. Al mediodía, el Santo Padre se asomó a la ventana del estudio, permaneciendo en ella durante varios minutos, impartiendo la Apostólica Bendición sobre la multitud que le reiteraba sus felicitaciones.

CARIDAD Y VERDAD

Puede haber heterodoxos de buena fe y heterodoxos de mala fe. Pero todos ellos pueden contagiarse desgraciadamente a los no heterodoxos.

Para dar una norma práctica sobre nuestras relaciones con ellos, prescindiremos de su buena o mala fe, y los consideramos a todos como enfermos contagiosos. Es la consideración más benigna, porque uno puede padecer una enfermedad contagiosa sin culpa personal suya [...]

Si son sabios, o gozan de habilidades o valores apreciables, les permiten manifestar su sabiduría, ejercer sus habilidades y utilizar sus valores. con las precauciones necesarias para evitar el contagio de los demás. Hay médicos, practicantes y enfermeras que tratan directamente con ellos, sin peligro próximo por la preparación sanitaria con que cuentan. Por medio de ellos, pueden aprovechar los demás el tesoro intelectual o técnico que posean tales enfermos. Pero sería criminal echarlos a la calle, para que tratasen con toda clase de personas y las contagiasen con su enfermedad.

Por eso la norma práctica más benigna, para utilizar los valores de cualquier clase que posean los heterodoxos, puede ser ésta: "Hay que amar a los heterodoxos con la misma caridad ordenada que a los enfermos contagiosos".

Mons. Zacarías de Vizcarra.

(Ecclesia, 17 marzo 1956)

Su Santidad el Papa bendice a «Cristiandad»

Ciudad Vaticano 16 14 0800- Excmo. Arzobispo Obispo Barcelona.
Augusto Pontífice grato homenaje felicitación bendice paternalmente
revista «Cristiandad». Dell'Acqua, sustituto.

Con motivo del octogésimo aniversario del Romano Pontífice, nuestra Revista dirigió
a la Secretaría de Estado el siguiente telegrama:

*Secretaría de Estado Vaticano (Roma).
Ruego eleve a Su Santidad filial homenaje felicitación revista «Cristiandad».
Fernando Serrano. Director.*

Sesión académica organizada por la Acción Católica en honor del Romano Pontífice

Discurso conmemorativo pronunciado por el Cardenal Siri

Veinte Cardenales, todas las Misiones extranjeras reunidas en Roma y numerosas altas representaciones y personalidades tomaron parte, el día 11 por la tarde, en el "auditorium" del Palazzo Pio, en la solemne reunión anunciada por la Acción Católica Italiana en honor del Papa, y que ha coronado en cierto modo la jornada iniciada con la capilla papal de la mañana en San Pedro. A pesar de que por la tarde el tiempo se hizo todavía más frío y que la nieve caía cada vez más copiosa, no dejó de asistir al acto ni uno solo de los que fueron invitados.

Se hallaban presentes casi todos los Cardenales residentes en Roma, y además los argentinos Copello y Caggiano, los alemanes Frings y Wendel, los españoles Pla y Daniel y Quiroga, los italianos Siri, de Génova, Lercaro, de Bolonia, Mimmi, de Nápoles, el francés Feltin y el ar-

menio Agagianian; las misiones extranjeras estaban presentes todas; el sustituto de la Secretaría de Estado Mons. Dell'Acqua, numerosos miembros del Cuerpo Diplomático cerca de la Santa Sede, unos sesenta Arzobispos, Obispos y Secretarios de Congregaciones.

Luego de haber ejecutado en el órgano de conciertos, el maestro Vignanelli, una solemne "coral" de Frank, el Presidente general de la Acción Católica, Gedda, en nombre también del Asistente general Mons. Castellano, dirigió un saludo a los presentes, renovando la expresión de fidelidad al Papa, no sólo de los inscritos en la A. C. I., sino también de los militantes de todo el mundo, unidos a través de la adhesión del Comité permanente para los Congresos internacionales del apostolado laico. Terminó augurando que los años de pontificado de Pío XII superen a los de San Pedro, primer Papa, y de Pío IX, fundador de la Acción Católica Italiana.

Pronunció luego el discurso conmemorativo el Cardenal Siri, Arzobispo de Génova, y Presidente de la Comisión Especial para la alta dirección de la Acción Católica Italiana. Hizo un examen del contenido doctrinal del Pontificado de Pío XII, sintetizando el magisterio del Papa en una enseñanza que tiene en su base la defensa del hombre en su esencia de centro de la creación. "Quiera Dios —dijo el Cardenal— que continúe resonando el llamamiento que Pío XII ha dirigido al hombre, para que no se sienta pequeño frente a la máquina que se ha construido, y tanto menos se sienta, por prurito, obligado a hacer de sí mismo una máquina y a reducir a máquina toda la ordenación humana". Hablando de la enseñanza social, el Cardenal Siri dijo que "sólo con la doctrina de Cristo permanecemos en toda la realidad, y será fácil advertir que sólo en la realidad plena puede hacerse justicia tan completa como para generar la paz". Después de una exhortación de aquellos que sufren por la libertad de la Iglesia, el Cardenal terminó con un airoso alegato al Papa: "A Vos, que os levantáis entre dos mundos en contraste y tenéis en vuestra mano la prenda de la paz, toda nuestra devoción, toda nuestra esperanza".

La reunión continuó después con la ejecución, por el maestro Vignanelli, del coro de la capilla musical pontificia, de algunas piezas clásicas y modernas.

(Del reportaje publicado en *Il Popolo*, de Roma)



Plaza San Pedro (Roma)

La obediencia sobrenatural al Papa y a la Jerarquía

Una de las tres señales de predestinación para la gloria es la devoción al Papa. Y en estas fechas, en que toda la catolicidad ha exaltado y glorificado la fausta jornada de los ochenta años de Pío XII, junto a las miríadas de aspectos polifacéticos del magisterio pontificio, no será de sobra destacar las condiciones de la filial obediencia y reverencia sincera que debemos al Vicario de Jesucristo. En consecuencia, también a toda la Jerarquía.

El Padre Fáber, el inmortal oratoriano inglés, comenta como el contrapeso celestial de la supremacía de Satanás es la supremacía del Papa, que es exterior, y corresponde, por parte de Dios y de la Verdad, a lo que es la de Satanás por parte de la mentira y del pecado. Por esta razón el combate de la Iglesia no es un duelo entre el Santísimo Sacramento y Satanás, sino entre el ángel caído y el Sumo Pontífice.

De ahí la necesidad de entender las exigencias de nuestro total acatamiento, fundada en las más profundas razones teológicas. Creemos que en esta materia podemos dar al Papa el más cumplido homenaje.

I

La primera condición de la obediencia al Papa y a los Obispos — a la Iglesia — es la *sumisión de juicio y sencillez*. La obediencia a la Iglesia no es admisible sólo relativamente o puramente exterior. Precisemos con claridad y justeza la extensión, hondura y trascendencia de esta sumisión. Sirvan para ello estos puntos:

1) La fe y la obediencia, como todas las virtudes cristianas, en su ejercicio práctico no deben reducirse a meros actos externos o de apariencia, sino que han de estar informadas del espíritu cristiano, porque de otra suerte serían detestables hipocresías, no virtudes cristianas, que envuelven en su concepto un obsequio del entendimiento y de la voluntad. Por esta razón el Concilio Vaticano, hablando de la fe, reconoce explícitamente la necesidad de este obsequio o sumisión por estas palabras: *Plenum revelanti Deo intellectus et voluntatis obsequium fide praestare tenemur*.

2) La virtud de la fe mide alguna mayor extensión de lo que algunos piensan, y así no basta para cumplir íntegramente con ella creer los dogmas, que no pueden rechazarse sin caer formalmente en herejía, ni tampoco creer lo que sin ser definido propone la Iglesia en virtud de su ordinario y universal magisterio como revelado por Dios, lo cual debe creerse con fe católica y divina, según la doctrina del ya citado Concilio, sino que, además, es deber del cristiano, impuesto por la misma fe, y del que no puede, por consiguiente, sustraerse sin faltar a uno de sus principales oficios, dejarse regir y gobernar por los Obispos, y, sobre todo, por el Romano Pontífice.

3) Si se fija seriamente la atención sobre esta verdad, se echará de ver claramente que la obediencia, como virtud cristiana, supone el hábito preexistente de la fe y descansa en los actos de la misma, por cuanto envuelve en su concepto la creencia en la autoridad de la Iglesia, en cuanto tiene derecho y misión para mandar como bueno lo que manda y prohibir como malo lo que prohíbe. La doctrina católica no es íntegra cuando se la mutila, y los que tratan de defenderla y propagarla lo han de hacer en toda su integridad, entendiendo teórica y práctica-

mente que la obligación de obedecer forma parte de la fe.

4) Es cierto que un acto de desobediencia no es formalmente y por sí mismo un acto de herejía. Pero también lo es que quien elevase la desobediencia a principio, no podría evadirse de la nota de hereje.

5) Algunos dicen: Obedeceremos, pero creer y confesar que obrábamos mal y que no estábamos en lo cierto... no, esto no. Los que así se expresan son evidentemente rebeldes a las enseñanzas de la Iglesia, porque están en la creencia que la Iglesia ha enseñado lo que no podía, o no debía o no convenía. Es decir, obedecen exteriormente, pero creen que la Iglesia se ha equivocado al enseñar y trazar la línea de conducta que debemos seguir, y por lo mismo no someten su juicio a las enseñanzas de Ella.

6) Se ha convenido entre ciertos católicos en guardar un silencio respetuoso precedido de una fórmula vaga de acatamiento, pero nada de confesiones explícitas, nada de rendimiento de juicio, nada de cristiana obediencia a los documentos pontificios y episcopales.

No pueden estar con tranquila conciencia aquellos que callan y demuestran con su silencio respetuoso que no se aquietan, ni rinden su juicio a las enseñanzas de la Iglesia.

II

Consecuencia de cuantos hemos sentado debe ser la *aceptación con agrado y buena voluntad* de la doctrina de la Iglesia, que nos dispensa el Papa y el Episcopado. Sólo una soberbia incalificable puede mantener en el ánimo la presunción de que la Jerarquía, ya sea el Papa, ya el Episcopado, se equivoca. La mirada sobrenatural nos certifica que en el Papa y sus Obispos está el depósito y la interpretación auténtica de la Verdad.

Donde quiera que la verdad se nos presente, allí debemos abrazarla. Si el camino que nosotros seguíamos, siquiera de buena fe, no conducía a la verdad, el haberle seguido hasta aquí no debe ser motivo para que le sigamos en adelante. Fijemos claramente los extremos a que obliga la sincera aceptación de la doctrina católica. Concretamente:

1) Dirá, por ventura, alguien: yo no rindo mi juicio ni mi voluntad a estas enseñanzas, porque no veo claro. ¡Valiente reparo es éste! Tampoco ves los misterios y los crees. Si así no fuese, ¿por dónde sería meritoria la fe? ¿No tienes los motivos de credibilidad? ¿No tienes la regla próxima de fe? ¿Acaso cada súbdito tiene derecho a inquirir y averiguar la razón de las enseñanzas y de los preceptos de la Iglesia? Si así fuese, habría triunfado el racionalismo en toda la línea, y se habría acabado la virtud de la fe y de la obediencia. Ved ahí por qué la fe y la obediencia perfectas se dicen ciegas. Porque los que en este grado las poseen no buscan la razón intrínseca, sino que someten la razón y la voluntad a Dios.

2) Si cuando el Papa y los Prelados han hablado no se humilla el católico, debe recordar que la Jerarquía tiene lumbre de Dios para conocer las cosas que son de Dios y que interesan a la verdad y al bien de las almas. Si así no se cree, si a tanto avanza la petulancia hermanada con la ruindad, es que ya la soberbia no tiene lími-

PLURA UT UNUM

tes. En tal caso ya cabe hacer memoria de que Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes.

El amor al Papa debe manifestarse en este agrado sincero y cordial a sus enseñanzas. Cae por su peso lo que hemos de pensar de los que públicamente censuran actitudes jerárquicas, elogian publicaciones intolerables por su espíritu, tendencias y finalidad, socavan la reverencia al Episcopado y están muy lejos de la fidelidad interna al Papa.

III

No solamente basta el juicio rendido y la aceptación interior, sino que *se requiere también ajustar la conducta a las enseñanzas de los documentos pontificios y episcopales*. Para ello recordemos estas dos cautelas de gran enjundia. Helas aquí:

1) La tendencia a usurpar derechos y oficios episcopales por parte de ciertos católicos. Podríamos añadir por ciertas directrices de publicaciones que intentan formar una opinión fuerte para que así, ante el hecho consumado, hacerse irresistibles ante la Jerarquía. También por modos y maneras de nuevos estilos apostólicos, con ya la anunciada preterición "del modo ignaciano", con deformaciones monstruosas de la doctrina del Cuerpo místico, con el "jugar limpio" en la pérdida de la fe, en flagrante contradicción con las enseñanzas del Concilio de Trento, y con la lastimosa propaganda de "Life", que con grave desorientación propugna la revista "El Ciervo". No son éstas las orientaciones pontificias ni episcopales. ¿Por qué esta irrogación de posturas diametralmente opuestas?

2) Quien diga que en la práctica se ha de prescindir del ministerio episcopal y que se ha de mirar *directamente* al Papa por medio de sus Encíclicas, sin que hayan de tenerse en cuenta las enseñanzas y prescripciones de los Obispos, enseña una doctrina errónea. No están de más los Obispos en la Iglesia de Dios, ni debe relegárseles al sólo ejercicio de los ministerios que fluyen directamente de la potestad de Orden, o haciéndoles ocupar un lugar muy secundario y poco menos que en puesto de honor. San Cipriano dice que *"el Obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el Obispo"* y que *"si alguno no está con el Obispo no está con la Iglesia"*. Por tanto son falsos y sospechosos maestros todos aquellos que teórica o prácticamente se desvían de esta doctrina, bien apartándose del propio Prelado, bien recomendando la obediencia al Papa, a los Obispos de otras naciones y callando *calculadamente* la que se debe al propio Obispo.

Toda la Iglesia Católica, la humanidad toda ha festejado el octogésimo aniversario de Pío XII. Conviene darle



a este homenaje todo su hondo, trascendental y decisivo sentido. El amor al Papa no se funda primordialmente en sus múltiples actividades y cualidades humanas. Es más divina la autoridad del Papa y de la Jerarquía. De ahí que a la exposición y glosa de lo que Pío XII representa para todos, no debe faltar nuestro examen y purificante amor y obediencia. Hoy, como siempre, la herejía tiene y tendrá su punto crítico en la obediencia. Sería muy lamentable quedarnos en el sobrehas del Pontificado, en un simple admirar al Papa con elogios que pueden compartir protestantes o judíos. La actitud del católico debe afinarse en la presencia de Cristo en Pío XII y en el Episcopado. Aceptando íntegramente, en todos sus aspectos, la doctrina del Papa. Su doctrina social y sus orientaciones en la Acción Católica, su programa de paz y su reivindicación de la dignidad de la persona humana. Y el amor al Papa sólo es completo cuando también es amor al Episcopado, a nuestro Episcopado, al Episcopado español.

Claro que esto ya todos lo sabemos. Pero ante Dios y para el servicio de la Iglesia estemos seguros que este comprender y vivir el amor al Papa y a la potestad y magisterio de los Obispos, puede brindarnos fecundas lecciones y el punto de arranque de la auténtica unión de los católicos.

JOSÉ RICART TORRENS, Pbro.

LA CARIDAD PARA CON LOS HETERODOXOS

El amor poco discreto que los ortodoxos profesen a los heterodoxos puede convertirse fácilmente en peligro de contagio de la heterodoxia para los mismos amigos de ellos o para otros no heterodoxos. Y entonces, el que ama ordenadamente a su propia persona y a sus prójimos debe cortar a toda costa ese contagio. El no hacerlo no sería caridad, que es amor de Dios, sino pecado, que es ofensa de Dios. Y nada más contradictorio y absurdo que ofender a Dios por amor de Dios.

Por consiguiente, la caridad para con el heterodoxo no llega hasta donde se opone a la caridad para con el no heterodoxo.

Mons. Zacarías de Vizcarra,

(Ecclesia, 17 marzo 1956)

UN MILLON DE MUERTOS

Que aprendan las naciones y los que las conducen. Y que aprendamos nosotros españoles, esta durísima lección, que nos entra con la sangre de millares de hermanos, a la luz siniestra de los incendios y entre el crepitar de las máquinas de guerra y de las ciudades que se hunden.

Cardenal Gomá

El 1.º de abril de 1939 se cerraba el paréntesis de guerra que abrió en nuestra Patria el 18 de julio de 1936. Sobre el mismo borde de la mortal sima que cerraba aquella fecha, España tenía que emprender una nueva marcha histórica.

Acabamos de decir una "nueva marcha". Y, en realidad, no se trataba de eso. Lo exacto es decir que España debía reemprender una marcha de tiempo olvidada. España, en efecto, debía cambiar. Eso se veía claro al término de la guerra. Y, precisamente, por causa de la guerra. Porque la guerra no es un deporte que se practica por afán de recrearse, sino un riesgo mortal al que nos aventuramos por extrema necesidad. Pero eso supuesto, nos parece indiscutible que el cambio no podía ser cualquiera. Ni en sí mismo considerado, ni en el modo de realización. No hay guerra posible, si no existe un ideal capaz de empujar al hombre por la senda del máximo sacrificio. "Por Dios y por España." Ése fué el ideal en nuestro caso, ése el que mereció para el esfuerzo de los que con él se abrazaron el nombre de Cruzada. No se trataba, pues, de seguir un camino nuevo, simplemente distinto del hasta entonces trillado. Se imponía echar a andar por el único camino: el que señalaba un lema que empezaba con el nombre de Dios y que continuaba con el nombre de España, que no se quería ver alejado del de Dios.

Nadie puede alegar ignorancia a ese respecto. Pero, a la larga, también el olvido puede generar ignorancias. Por eso es conveniente avivar los recuerdos. En la línea de ese propósito un sólo texto puede bastarnos. Es del Cardenal Gomá. Tiene el sabor de autenticidad que da a la palabra, el haber vivido a fondo la experiencia que la palabra nos describe, el tono de íntima verdad que otorga a la expresión el haber contemplado como testigo presencial, dominado por el asombro, el suceso. Dice el Cardenal:

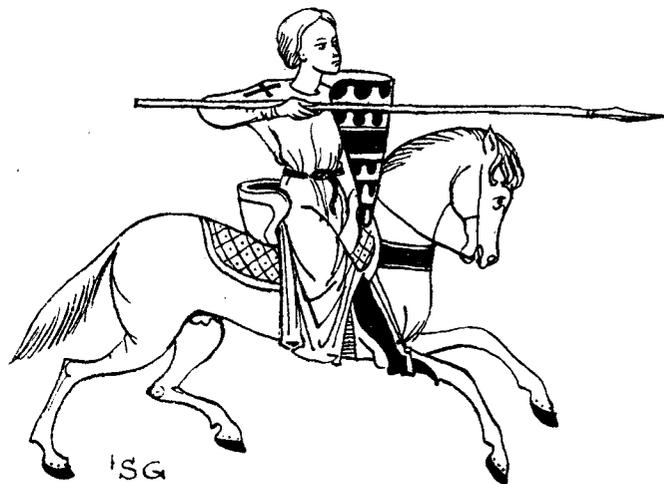
"Es preciso haber vivido aquellos días de la primera quincena de agosto en esta Navarra que, con una población de 320.000 habitantes, puso en pie de guerra más de 40.000 voluntarios, casi la totalidad de los hombres útiles para las armas, que dejando las parvas en sus eras y que mujeres y niños levantarán las cosechas, partieron para los frentes de batalla sin más ideal que la defensa de su religión y de la patria. Fueron, primero, a guerrear por Dios; y hará un gran bien a España quien recoja, como en antología heroica, los episodios múltiples del alistamiento en esta Navarra que, como fué en otros tiempos madre de reinos, ha sido hoy el corazón de donde ha irradiado a toda nuestra tierra la emoción y la fuerza de los momentos trascendentales de la historia".

Es cierto que Navarra no era toda España. De haber sido así, nunca los españoles hubiesen sentido en su propia carne los dolores de aquella guerra. Navarra fué la única región peninsular en la que no fué necesario el derramamiento de sangre para dominar la revolución. La razón es muy sencilla: en Navarra no había marxismo. Y es esa circunstancia la que, cabalmente, valora con suma limpieza el gesto de aquellos cuarenta mil voluntarios. Ellos no iban a saciar apetitos de ningún género, ni siquiera a defender unos intereses materiales que no habían visto amenazados. Daban la cara y ofrecían el

pecho por algo más decisivo y substancial: Dios, por la religión de sus padres, que querían respetada y puesta a salvo en el ápice de la vida del país, a modo de única garantía eficaz para una honrada y ejemplar convivencia ciudadana. El sentido de aquel gesto dió el tono a la contienda. Por eso no hubo pacto ni compromiso con el contrario, que es lo que se da siempre cuando los intereses en litigio son de tipo material, centrados en móviles egoístas, levantados por soplos de ambiciones o basados simplemente en razones de comodidad. Y es bueno recordar que las insinuaciones para establecer el compromiso no faltaron. Monseñor Zacarías de Vizcarra, el Obispo Consiliario de la Acción Católica Española, daba cuenta, en cierta ocasión, desde las páginas de "Ecclesia", de las consignas de la Masonería en 1937. El logro del compromiso, el hallar una fórmula que pusiera fin a la contienda sin vencedores ni vencidos, era la primera de aquellas consignas. Con ello, apuntaba la Masonería a un claro objetivo: desvirtuar el tono específico que daba a la contienda el gesto de aquellos voluntarios, que hallaba vigoroso eco en la respuesta conforme de millares de hombres en todos los rincones del hispano terruño. El intento no podía prosperar. Ni el cansancio, ni el desánimo rezaban para aquellos hombres. El sacrificio de los que a diario caían junto a ellos en el frente, el dolor de los que suspiraban por el alborar de un nuevo día, envueltos en las sombras del penoso cautiverio, eran formidable catapulta que los disparaba invencibles al combate. Y así se llegó al término.

El 1.º de abril de 1939, o era eso, o no era nada. Porque la Cruzada, a la que venía el 1.º de abril a poner fin, o había sido eso, o no había sido nada. España debía reemprender el camino olvidado, el de su historia digna, que era el de su verdad única y valedera, so pena de ignorar el sentido de la Cruzada y de desconocer, a la postre, que dejaba atrás una inmensa hoyada en la que yacían sepultados un millón de españoles.

El fenómeno histórico de un país escindido espiritualmente en dos mitades que luchan entre sí a muerte por el triunfo de ideas contrapuestas pide una consideración a fondo. Y a poco que se mire, se ve claro que la necesidad



de semejante consideración es de tal urgencia, que no hay posibilidad de volverle la espalda. Sobre todo cuando la totalidad de los españoles contemporáneos, sin excepción, ya por nosotros mismos, ya en la persona de los que inmediatamente nos han precedido en el orden del existir, hemos sido actores de la fabulosa escena. Así pensamos al recordar hoy la fecha del 1.º de abril de 1939. Un empeño en el que hemos andado todos comprometidos no puede desvanecerse así como así en la esfera de nuestras más caras y arraigadas vivencias. Ese empeño explica el pasado y condiciona necesariamente el futuro, para todos los que se sienten responsables. Sentados al borde de aquel 1.º de abril de 1939, los españoles de entonces, que son los mismos de ahora, inquirían de sí mismos: ¿por qué ese millón de muertos? Y vueltos de cara al futuro, que ante sus ojos se abría, se preguntaban: ¿para qué? Una sola pregunta, aunque formulada en dos tiempos.

El secreto del éxito estaba en dar cumplida respuesta a la pregunta. Se había llegado hasta aquel extremo por efecto de un siglo de liberalismo, que comenzaba apuñalando por la espalda, desde Cádiz, a los españoles que combatían por la independencia espiritual y física del país, cuando la francesada, y que conducía al 14 de abril de 1931, por los caminos de una Monarquía, extraña a la convicción histórica del país y falsamente antirrevolucionaria en lo más profundo de su entraña constitutiva. Quedaba perfectamente claro que no se podía continuar por aquel camino. De lo contrario, el por qué de la pregunta permanecía incontestado. Y eso era un crimen de lesa patria, por lo mismo que desconocía el inmenso sacrificio de los buenos españoles. La pregunta aparece contestada en su primer tiempo. ¿Y en el segundo, en el para qué?

El segundo tiempo de la pregunta hacía directa referencia al quehacer en que debían ocuparse los españoles después de la guerra. Aludimos, por supuesto, al quehacer histórico, nacional, el que responde, como es lógico, a una idea concreta. Entonces era ya cuestión de edificar, de echar la oportuna semilla sobre los campos antes depravados por la maleza.

Ya al comienzo del período post-bélico se hicieron visibles diversos intentos de ofrecer versiones, pasmosamente inéditas, de la Cruzada. Los móviles y los fines de la Cruzada se explicaban de forma que pudiese amparar aquella propósitos muy concretos, que le eran totalmente ajenos. Algunos decían haber formado en las filas nacionales y, ello no obstante, explicaban su entrega a la lucha por razones que diferían substancialmente de las que antes señalábamos como determinantes del Alzamiento. Así ha podido obtener vigencia entre ciertos sectores de la juventud universitaria un concepto de la Cruzada intrínseca-

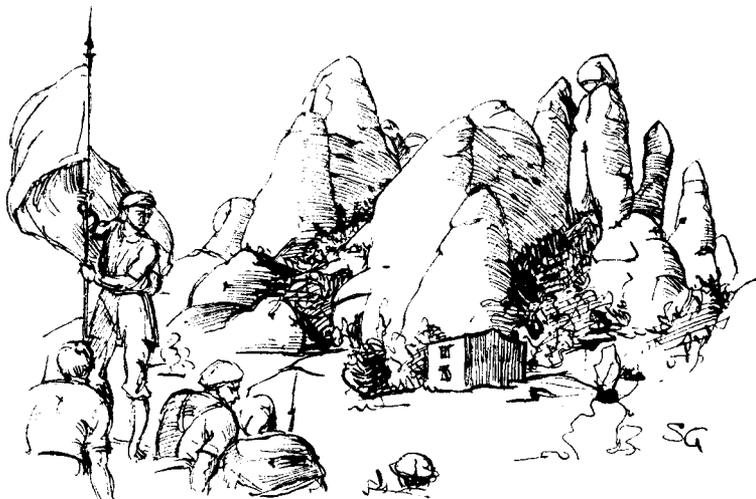
mente erróneo, a cuya difusión, por lo demás, ha podido contribuir de modo decisivo el uso y el abuso maliciosamente interesado del nombre.

Semejante actitud descubre un proceder poco honrado. No había término medio entre los dos bandos. Apuntar la especie, cuando la lucha ha terminado, de que uno fué al combate detrás de una bandera, pero no con el espíritu y la finalidad específicos que, en último término, movió a los demás a alzar esa bandera, vale tanto como declararse a sí mismo irresponsable. Y si lo que se pretende, al pronunciarse de tal modo, es que el sentido de esa extraviada aportación a la lucha debe dar el tono a la victoria, entonces pasamos de la irresponsabilidad a la formulación de una tesis totalmente inadmisibile. Frente a tales actitudes debe precisarse que la guerra se ganó gracias al esfuerzo de todos, en cuanto dicho esfuerzo convergía a un mismo fin y venía básicamente informado por un mismo espíritu. Si hubo quienes buscaban o pensaban otra cosa, entonces debe decirse que la victoria fué un hecho a pesar de esos tales.

La aclaración no resulta ociosa, al evocar el recuerdo de aquel 1.º de abril de 1939. Al cabo, han ocurrido de entonces a acá demasiadas cosas para que podamos echar en olvido lo que esa aclaración nos recuerda. Sólo queremos detenernos en un aspecto de la cuestión: el del ambiente intelectual. Podemos decir, sin descubrir con ello nada que todo el mundo ignore, que en dicho ambiente han adquirido carta de ciudadanía una serie de razonamientos y de formulaciones que si al principio parecía quedaban en el terreno de la pura especulación, después se ha visto claro buscaban para sí una traducción práctica positiva, a pesar de su oposición abierta a los móviles y a las metas propias de la Cruzada. ¿Cómo se ha llegado hasta a encumbrar a los ídolos caídos del pensamiento anti-cristiano y anti-español? Sin duda, en gran parte, por los que diciendo haber ido a la Cruzada, callaron de momento que no comulgaban por entero — a veces ni en parte — con el espíritu generoso del sano pueblo español, que piensa y reza en cristiano. ¿Fueron pocos? Nosotros no hemos dicho que fuesen muchos. Tampoco, no obstante, diremos que los grandes efectos requieran, para llegar a ser, grandes causas.

Un millón de muertos. De ellos, muchísimos pertenecían al campo vencido. También eso debe hacernos pensar. Mas no para concluir que también al morir tenían razón, sino para recordar que murieron sin ella. El 1º de abril debía llevar a los españoles a borrar para siempre esa mancha histórica, que en el mundo moderno ha caído por igual sobre todos los países, plasmada en diversas formas. El para qué de todo aquello estaba claro. Era y sigue siendo necesario desandar el camino que conducía a tan triste fin.

CARLOS FELIU DE TRAVY



Los pies en alto

El empirismo de las gentes se manifiesta de varias y distintas maneras y el hombre huye, por principio, de todo aquello que le obliga a levantar la vista de su inmediato "cada día", para proyectar su mirada hacia zonas lejanas, o más altas, en busca de la luz.

CRISTIANDAD ha sido para mucha gente un techo muy alto adecuado para "zona de campanas", o para cobijar en su alero las "blancas palomas" de la cristiana ingenuidad. Infinidad de veces hemos sentido en muchos comentarios la fina insinuación benévola de amigos comprensivos que, distraídos de más "serias ocupaciones", han condescendido a dejar resbalar su mirada indiferente sobre la portada de nuestra revista, para fijarla compasivamente en nosotros como representantes idóneos de una inofensiva exaltación. Se nos atribuye una condición bondadosa que nos lleva a distraernos con la mística preocupación de una revista "devota".

Es tiempo, creemos nosotros, de ir llevando al ánimo de las gentes una idea distinta, no fuera a ser que pudieran llamarse a engaño, al constatar la distancia que separa su "realismo" de nuestra realidad.

Para ello vamos a emplear un lenguaje de firmeza que sirva de vehículo a la expresión de unos conceptos claros y precisos.

En efecto, consideramos a CRISTIANDAD como techo de muchas cosas y de algunas personas. De estas últimas poco diremos, pues ni a ellas, ni a nadie de nosotros, interesa destacar ni apenas manifestarse. De las cosas, sí es tiempo de empezar a hablar, y "estas cosas" se refieren a términos que fueron lejanía para nuestros "empíricos", y son ahora para ellos realidades inmediatas y acuciantes.

CRISTIANDAD, en el curso de diez años, ha venido desgranando paciente y tenazmente toda la profunda teoría de verdad que necesitaba el mundo, para reintegrarse a un orden natural de Dios. Esta misión sólo podía emprenderse desde la altura que consigue el águila, en vuelo audaz y poderoso, para asentar sus reales y construir su nido. Siguiendo esta figura, del ave reina de cimas y centro de soledades, se nos antoja adecuado equiparar el momento que vivimos al vuelo de planeo de la reina del aire, para llevar a tierras bajas los ecos y reflejos de su serena atalaya de las cumbres.

Hemos llegado a un punto en el que gentes de toda condición se miran angustiadas, y ante los signos, cada vez más claros, de la proximidad de la tormenta, se agitan en todas direcciones en busca del cobijo de un techo en que guarecerse. El techo de CRISTIANDAD, es un techo muy alto, en el que caben muchas gentes de varia condición unidas por un vínculo de amor de Dios y de caridad. Muchos que hasta ahora no nos entendían, van a entendernos muy pronto, y, para dar rumbo a su marcha, vamos a servirnos de una anécdota que puede considerarse como punto de partida de toda una trayectoria.

Hace algún tiempo, una persona de buena voluntad, pero fuertemente solicitada por la atención de múltiples ocupaciones, enjuiciaba a CRISTIANDAD comprensivamente, pero considerando sus conceptos tan elevados que, usando de un modismo corriente, decía "que sus pies no tocaban al suelo". Este comentario provocó una respuesta, tan clara y terminante, que no creemos pueda hallarse mejor argumento para dar título y razón a este escrito: "Mientras el Señor hablaba con sus plantas esta tierra de hombres, nadie creía en Él; fué preciso que Sus pies fuesen puestos en alto en la Cruz, para que Su verdad trascendiese".

El hombre, aferrado a su ruda condición, sigue sin entender esta tremenda lección, que tiene, sin embargo,

densidad de siglos. Es tiempo, créanlo todos, unos y otros, de dejar de pensar en la tierra y en los pies para pensar en las cumbres y en las alas. Entendemos cuáles y cuántas pueden ser las razones empíricas de comodidad y bienestar, que mueven a las gentes sencillas a desentenderse de cuantos problemas no afectan o inferen directamente al propio estado y condición.

Problemas religiosos, políticos y económicos, que abarcan conceptos genéricos patrimoniales de la sociedad a la que pertenecemos, son desconocidos, o simplemente desentendidos, por estas gentes sencillas que aceptan pasivamente una condición de abúlica resignación. Hasta ahora, habían creído firmemente que sus pies se apoyaban en el suelo y se sentían poseídos de una euforia de seguridad, sin entender las razones y avisos que incesantemente les trasmitimos. De repente, han sentido la tierra temblar bajo sus plantas, y con el gesto inmemorial que el miedo imprime en la fisonomía de los seres, han levantado los ojos a lo alto...

Las gentes buscan argumento a lo que presienten y no entienden y CRISTIANDAD puede y quiere darlo. El mundo necesita de leyes morales que son principio y fundamento de este orden natural de Dios, del que han tratado de zafarse los pueblos del mundo. La concentración y paciente labor de gentes de buena voluntad, ha ido decantando, en el acervo inmemorial de nuestro archivo, el mejor argumento que la tradición ha ido consagrando y las luminosas lecciones de los más sabios maestros que el mundo posee, por la gracia de Dios, en las personas de los Santos Padres que, desde Roma, han regido y rigen los destinos de la Iglesia.

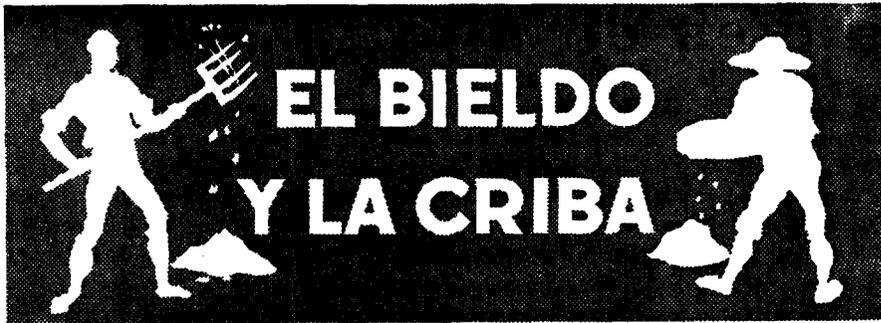
CRISTIANDAD no es parte ni partido, y se limita a tratar de entender en este arte del hecho social humano con los ojos clavados en lo alto de esta Cruz de Cristo, y fijos en Sus divinos pies, que fueron alzados del suelo para entendimiento de los que todavía no entienden, y para lección y "memento" de los que quieren atribuirse condición "fundamental" de consciencia empírica.

No hay base en la tierra, ni es ella principio y fundamento. El hecho sobrenatural es antes que la tierra y nos lleva con él, en tránsito fugaz, a desvincularnos de la forma grávida, para conseguir remontarnos a zonas más puras de amor y de luz. Y esto, entendiéndolo bien unos y otros, *es camino más corto y condición más práctica* para llegar al fondo y a la verdad de todas las cosas. Por esto, muchos que se creyeron suficientes, vienen a nosotros en busca del amparo de nuestra insuficiencia; no porque seamos mejores que ellos, sino porque han comprendido, finalmente, que nuestro camino de humildad es el mejor camino.

No siendo parte ni partido, CRISTIANDAD puede ser "techo" de todos cuantos se sientan unidos por el vínculo poderoso de su esencia Cristiana, ya que sólo esto nos queda a las gentes de buena voluntad; esto o "lo otro", y lo otro no es orden natural de Dios, es orden de la tierra, orden amañado por gentes de mala fe y de mala voluntad que, en nombre del pueblo y de la libertad, lo hunden en la esclavitud y en la desesperanza. En este orden empírico para "gentes prácticas", entra todo cuanto se ha cocinado de componendas y adaptaciones para fundir y confundir a estas gentes sencillas, que hoy se asoman aterradas ante el abismo que se abre a sus pies.

¡Orden del hombre contra orden de Dios! Los pies del hombre hincados en la tierra, en orgullosa y altiva superación, frente a los pies de Dios Nuestro Señor, levantados en alto, heridos e inertes... levantados en alto, para que el hombre de la tierra entienda.

EDUARDO CONDE



La novedad del «progresismo»

A los progresistas de toda laya — llámense neoliberales, autocríticos, inconformistas, católicos de izquierda, tremendistas, etc. — les es caro el tópico de presentar la teología escolástica como algo anacrónico, anquilosado, estático, que hay que galvanizar y vitalizar de conformidad, como es de suponer, con los postulados de la filosofía orteguiana y del existencialismo galo. “Hay que relegar al olvido las fórmulas de la contrarreforma”, clama uno de sus voceros, afectando ignorar que los cauces normativos por donde fluye el sabio contenido dogmático y disciplina del Concilio Tridentino han llegado hasta nosotros a través del Catecismo de San Pío V, todavía en uso en el quehacer eclesiástico, y de los textos de catequesis que, por ineludibles designios jerárquicos, conservan poco menos que inalterada la formulación de las enseñanzas tridentinas.

La Iglesia concede un amplísimo margen de libertad en punto a métodos y procedimientos. Si nuevas aportaciones científicas aconsejan introducir o ensayar otras formas de expresión y aun una nueva pedagogía, nadie se opondrá a ello, salvo siempre lo que es intangible en la doctrina católica. Quiero decir, siempre y cuando, so pretexto de adaptarse a las nuevas corrientes, no se incurra en el desatino de subvertir la auténtica jerarquía de valores, subordinando lo enjundioso a lo brillante, el fondo a la forma, el meollo a la corteza, en nombre de un sincretismo enjalbegado de novedad, y huerro de eficiencia formativa.

En realidad, los ataques a la escolástica no son sino el antifaz de la enemiga a la filosofía perenne y, más en concreto, a las doctrinas que la Iglesia ha hecho suyas, en gran parte, del Ángel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino.

Su Santidad el Papa, en uno de sus últimos discursos, le ha propuesto de nuevo como maestro insustituible, advirtiéndole que no es lícito apartarse de sus enseñanzas en nombre de la cultura. Ésta, cuando es genuinamente tal, no puede intentar una discriminación de los valores religiosos al margen del único magisterio que a nadie es lícito detentar, ni soslayar.

Su Santidad, como otra cosa no cabe esperar de su elevada misión docente, se hace ahí, una vez más, fiel eco y refrendador de las consignas que, en punto a tomismo y escolasticismo, brotaron de la pluma y de los labios de sus augustos Predecesores, en especial a partir de León XIII.

“La Teología, escribe el docto Obispo de Tuy, Fray José López Ortiz, que ha dado formulación sistemática y

científica a las verdades reveladas, tiene también derecho a usar su tecnicismo, elaborado durante siglos, y en su origen apoyado en la misma palabra revelada. El maestro, aquí como en toda exposición rigurosa, tiene pleno derecho a usar las palabras técnicas de su disciplina, junto con el deber de explicarlas.”

Por lo demás, nuestros progresistas, al hablar de renovación de métodos y de relegamiento de fórmulas arcaicas y caducas, no tienen siquiera el mérito de la originalidad. Sus sofamias y sus halaracas se parecen, en este particular, como un huevo a otro huevo, a las que emplearon hace medio siglo aquellos progresistas cuyo racionalismo disfrazado de inmanentismo no ha sido por ahora canonizado por la suprema Jerarquía. Pero aún podemos retrotraernos más allá, para convencernos de que los cantos de sirena que, en nombre de la caridad más encendida — de esa caridad que nunca ha de prevalecer sobre la Verdad, sin perjuicio de ejercitarla en el trato con los descarriados, como declaró no ha mucho Su Santidad —, no son una actualidad palpitante ni un tema de polémica suscitado al calor de los problemas en que se debate la humanidad en nuestros asendereados tiempos.

Véase, si no, lo que en pleno siglo xviii escribía sobre este asunto un religioso nada sospechoso de partidismos de escuela ni de mogigatería. Es nada menos, que el licenciado don Francisco Lobón de Salazar, seudónimo del insigne escritor P. José Francisco de Isla, de la Compañía de Jesús. Refiriéndose a los progresistas de su tiempo, dice: “Con el sobreescrito del método, su verdadero intento

es desterrar del mundo la Teología escolástica. Esto hiede, que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melancton y Erasmo de Rotterdam dijeron lo mismo en propios términos. Nada acredita más la utilidad y aún la necesidad de la Teología escolástica, para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda a estos señores”. Aduce, luego, el parecer de un conocido teólogo respecto al decandentismo de la escolástica y a los autocríticos de la época, sumamente parecidos a los actuales.

“Conocía — dice — y confesaba de buena fe, que en todas las facultades se habían introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias; era de parecer que, en realidad, necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinión, que ninguna estaba más necesitada de ella, que la crítica. Juzgaba que ésta se había remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque, no contenta con rajar, cortar y trinchar — algunas veces con razón, otras sin ella y no pocas por puro antojo o capricho por las ciencias naturales —, se había atrevido a escalar hasta el sagrado alcázar de la Religión; con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradición antigua ni monumento, aún de los más respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo éste el verdadero principio, no sólo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos siglos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligión, y aún de tanto ateísmo.”

Enfrentándose, a continuación, con los fautores de una nueva Teología, los apostrofa de este modo:

“¿Con qué teología confundió Santo Tomás a los herejes que se levantaron en su tiempo? ¿Fue con la que aprendió y enseñó, o con la que todavía no se había fundado ni se fundó hasta que esos teologos modernos, llenos de celo y de caridad abrieron los ojos a la pobre Iglesia, que por tantos siglos los había tenido lastimosamente cerrados, o a lo menos legañosos? ¿Y en qué consistirá que todos los herejes están de tan mal humor con este Santo Doctor, como dice con discreción cierto moderno?”

“El hecho es que el verdadero motivo porque todos los herejes están tan avinagrados contra este admirable Doctor, es porque a él se le debe aquel método regular, que reina en las escuelas, con el cual se desenredan las opiniones, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la fe, según el verdadero sentido de la Iglesia y de los Padres.”

Y concluye:

"No ha tenido la herejía enemigo mayor que nuestro Santo, porque nunca ha podido defenderse contra la solidez y, si me es lícito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina."

Vindicando la primacía de la escuela, tan denostada por los progresistas de ayer y hoy, prosigue el mismo autor:

"Suponen nuestros maestros que, sin entender más que a media rienda la teología escolástica, hay grande peligro de desbarrar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien la moral, y de escribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminación sobrenatural, que lo suple todo."

Nuestros teologos repudian ciertos vocablos, usuales en la Escuela, como *substancia* y *accidente*, *esencia* y *existencia*, *naturaleza* y *persona*, *sujeto* y *objeto*, *acto* y *potencia*, *materia* y *forma*, etc., y pretenden reemplazarlos por otras palabras de nuevo cuño, mayor relumbrón y más a propósito para introducir anfibologías, manejar sofismas y ensombrecer los conceptos de inigualable justeza ahí entrañados. Son, cabalmente, las fórmulas de la contrarreforma que, ya en aquel tiempo, sacaban de tino a protestantes y progresistas.

* * *

Otro de los lugares comunes que explotan algunos progresistas de aquende y allende los Pirineos, es la suma conveniencia de repudiar, de una vez para siempre, la especulación teológica, y de substituir sus anacrónicas y sutiles lucubraciones por algo más positivo, por una sistemática exposición de las verdades religiosas basada únicamente en los textos bíblicos y en el testimonio de los Santos Padres. Como se echa de ver, ya no es sólo la forma silogística y el tecnicismo verbal lo que les incomoda; su inconformismo cala más hondo, llevándolos al extremo de subestimar los altos vuelos que, en punto a especulación y razonamiento puro, consagraron como ingenios de superior categoría a los teólogos de la Contrarreforma.

Pero ni en este menester ofrecen novedad alguna los partidarios de una docencia positivista a ultranza. Ya dieron fe de vida entonces, según aparece en esta donosa diatriba del Padre Isla (1):

"El señor X, ya tendrá noticias de las obras del Padre Benedicti, jesuíta, y de las explicaciones teológicas de los cánones del Concilio de Trento sobre los Sacramentos, que el sabio servita, Juan María Bertolí, imprimió en Ve-

necia, el año 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de a folio contra cierto autorcillo italiano, que salió por entonces con el mismo proyecto con que sale ahora el señor N., de querer desterrar del mundo la Teología escolástica, para substituir en lugar de ella la lección y la explicación de las obras de los Santos Padres.

"Allí verá que el autor italiano supone, tan en falso como el señor N., que en las escuelas no se hace caso del estudio de los Santos Padres. ¡Impostura palmaria! Pues la Teología escolástica apenas es más que un compendio de sus obras, en el cual o se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, o se comparan y cotejan unos con otros, para discernir, por medio de este examen y comparación, lo que en su modo de hablar no parece tan exacto, o, juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y serie cronológica de tradición; y, en fin, en ella se encuentra toda la doctrina de los Padres, pero digerida según el orden de las materias, desembarazada de digresiones inútiles, limpia y como acribada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana, ilustrada y confirmada con la autoridad de la Escritura y con el peso de la razón. De manera, que estudiar Teología escolástica, es estudiar a los Santos Padres, pero estudiarlos con método.

"El autor italiano, dice el sabio servita, y sus semejantes, poco versados en este género de estudios; ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad, que, afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducirían en las escuelas una extraña confusión, si llegaran a abrazarse a su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los Santos Padres, reducido a leer sus obras sin haberse instruído antes en los principios necesarios para entenderlos bien y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaría al mundo de herejes o de sabios de perspectiva, bien cargada su memoria de lugares, de sentencias y de centones en montón; pero su pobre entendimiento quedaría más oprimido que ilustrado con todo aquel estudio o embolismo."

Como, por lo visto, también blasonaban de caridad los progresistas de aquel entonces, el P. Isla dice, refiriéndose a uno de los corifeos y a sus secuaces: "El abrirle los ojos a él, que los tiene cerrados con la presunción, y el abrírselos a sus apasionados, que se conoce lo son a cierra los ojos y no más que por el sonsonete, sería una grande obra de *caridad*; pero sería obra muy larga, aunque no muy difi-

cultosa; porque yo, con ser así, que soy un pobre hombre, me atrevería a hacerle ridículo, y a poner de par en par, más claro que la luz que nos alumbra, los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata".

Para que sea más exacto el parecido, el P. Isla señala certeramente las fuentes extranjeras en que se abrevaban sus progresistas.

"Los únicos extranjeros, escribe, que se desvían de la Teología escolástica, son aquellos a quienes incomoda ésta, para delirar a su satisfacción en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la expositiva que el capricho y la badoquera de cada uno. Quienes sean estos monseñores, no es menester declarárselo al señor N., porque en sus escritos da fieros indicios de mantener gran correspondencia, o a lo menos de profesar mucha devoción a los principios y tener gran fe en las noticias que gasta cierto gremio de ellos."

* * *

No necesitan, ciertamente, de vindicadores la Escolástica, la Teología especulativa ni el Tomismo, cuando tan reiteradamente los ha hecho objeto de encomios y apremiantes recomendaciones el supremo e indiscutible oráculo de la Cristiandad. De ayer son las palabras que transcribo a continuación, extrayéndolas de un discurso de S. S. el Papa a los alumnos del Pontificio Colegio Pío-Brasileño:

"El sacerdote debe poseer vasta cultura, científica, filosófica y teológica. Cultura vasta; más aún, profunda y sólida. Mente abierta al progreso; pero criterio bien formado y seguro, para saber distinguir el oro del oropel, el progreso verdadero del falso; sin comprometer en nada los principios y la sana doctrina de la Iglesia."

Como digno colofón de lo que antecede, voy a insertar otro texto pontificio, que nadie, sin hacerse reo de presunción temeraria, puede atreverse a interpretar a su sabor, torciendo su diáfano y tajante contenido. Es el mejor refrendo de la defensa de la escolástica y del Tomismo que, frente a los progresistas de su tiempo, llevó a cabo el tan celebrado P. Isla:

"El método y los principios de Santo Tomás aventajan a todos, lo mismo si se trata de formar la inteligencia de los jóvenes que de conducir las mentes ya formadas a penetrar las verdades hasta sus sentidos más recónditos. Estando, además, en plena armonía con la divina Revelación, esta doctrina es singularmente eficaz, así para establecer con seguridad los fundamentos de la fe como para recoger los frutos del verdadero progreso."

M. ALONSO SIERRA

(1) Se transcriben en su integridad estos textos del P. Isla, con sólo la salvedad de reemplazar algunos nombres por las iniciales N o X.

Los que juegan al Catolicismo

Hasta hace poco me parecía absurdo y deleznable el alegato: "Esto no lo había visto yo nunca en mi casa". Hoy — ante la irreflexión trágica de los que juegan al Catolicismo — hago mía esta afirmación y me complazco en exagerarla, y en vez de hablar de mi casa de hoy, de mi hogar del momento, me remonto nada menos que a la de mis abuelos.

"Esto no se había visto nunca en casa de mis abuelos", diría yo. Y a mucha honra. Y con pujos de autenticidad, de seriedad y de reciedumbre.

Nunca habíamos visto — más que en nuestra hora, que parece haber perdido la brújula — que los católicos se refocilaran, no sólo presenciando, sino presentando obras de teatro enfermizo, malsano, inmoral, cargado de calidades negativas, destructoras. Lo tremendo es que, a menudo, no piensan y no saben lo que se hacen. De otra manera, no alcanzo a comprender como un grupo tan selecto — desde todos los prismas — de la Acción Católica de Madrid, como el T.O.A.R. (el Teatro de la Acción Católica) nos ha brindado, gozosa, desembarazada y aun despreocupadamente, una obra tan rabiosamente inmoral como "Los dioses miran desde lejos", de T. Rattigan.

La ingenuidad — que es un exceso de bondad, que, de puro extremado, cae en vicio — es, por lo visto, contagiosa. Y la de esos jóvenes se contagió a la crítica de Madrid, que, ante la presentación de la inmundada obrita en el Teatro del Círculo Catalán, estalló en aplausos y en descmedidos e inexplicables elogios.

¿Qué era lo que elogiaban? ¿Acaso el tema traído, manido, cansado y sobado, del triángulo — que preocupó a Ibsen — y del que abusó nuestro Benavente? ¿O el problema — ibseniano también — del marido intelectual, el profesor, incapaz de hacer feliz y llenar la vida de la mujer mundana y frívola? ¿O por ventura aplaudían la desfachatez insoportable y agresiva de la dama?

Perdónenme ustedes alguna crudeza, que se me antoja imprescindible para justificar mi postura dialéctica. La obrita es la historia de un marido profesor — un hombre desdichadísimo —, una mujer que se goza confesándole cínicamente su infidelidad, ante la pasiva aceptación de él, y también la historia del tercero en discordia, que es el que forma el vértice del triángulo.

Ya he dicho que el tema — profundamente desvergonzado — no tiene ni tan siquiera el mérito de ser original. Pero, dejando aparte y concediendo — si os parece — poca importancia al escándalo familiar, dejadme entrar en lo que considero más negativo, más detestable de la obra.

Me refiero a su tremenda morbosidad, el concepto negativo, sucio, deleznable, pesimista del vivir humano. ¿Que pueden existir hogares así? ¿Que en la vida son posibles esas cosas?

Todas las monstruosidades lo son, desde aquella de la desobediencia original. Pero esto no es aleccionador, no es formativo, no es bello, no nos recrea, no nos sacude, no consigue más que hacernos sentir una fuerte sensación de náusea, y, en definitiva, no tiene el más mínimo derecho a que se le ponga el marchamo de Teatro Católico.

La noche de la representación en el Círculo Catalán, tenía a mi lado un espectador escandalizado, que decía: "Nunca más volveré a asistir a obras católicas".

Claro: se había producido un contagio. La obrita no es católica, pero la compañía que la representaba es, nada menos, que la de la Acción Católica de Madrid. Y a los espectadores no les van a obligar ustedes a que hagan distingos, como si fueran dómines escolásticos, y a que nos achaquen al Catolicismo enfermedades y dolencias que están muy lejos y muy en pugna con él.

El espectador normal, de sentimientos sanos, no descubre más que este morboso espectáculo de una esposa que se entrega al sadismo de disgustar a su marido, con las noticias más tremendas, precisamente porque su marido está enfermo del corazón, y a cada dos por tres le da un ataque que le deja baldado.

No faltan las escenas del tremendismo más espeluznante. No falta el ataque en escena, con un arrastrarse de reptil jadeante hasta la medicina, que parece algo así como un bálsamo de Fierabrás, ya que devuelve la vida en un segundo al pobre profesor agonizante.

No quiero ser injusto: es posible que alguna lección encierre la obrita de Rattigan, presentada por el grupo del T.O.A.R.: una lección fructuosa para los que quieran especializarse en complejos. El profesor protagonista es un hombre desdichadísimo, no sólo

por culpa del energúmeno de su esposa, sino por la frialdad, la indiferencia y el odio despectivo que sienten por él los alumnos.

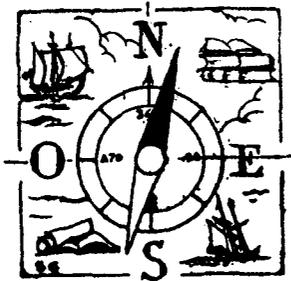
Antes, el profesor tenía por lo menos un consuelo. Él, que trata a los chicos con una dureza que le ha valido de boca del Director el apelativo de Himmler del 5.º primera, tenía, como todos los profesores, sus tics y sus remoquetes, y los alumnos se movían de él. Se frotaba las manos de placer, considerándolo. Esas burlas eran, por lo menos, una manera de ocuparse de su persona. Ahora, el infeliz ha llegado a la máxima desolación, porque ya ni tan siquiera se burlan, y le rodea el silencio más implacable.

Un muchacho, a quien da clase particular, y a quien ha de examinar antes de abandonar el Colegio — porque está a punto de dejar su destino — le regala una edición de una traducción del Agammenón, con una dedicatoria que le enternece. La dedicatoria es sólo un verso: un verso que él había comentado con particular fruición en clase. Uno, por lo menos, de sus alumnos no ha sido helado e indiferente, y se ha hecho eco de su entusiasmo por las letras clásicas. Pero la alegría, la emoción, que le ha hecho llorar de placer, no va a ser larga. Porque aquí está la maléfica esposa — esa mujer que parece regodearse ante sus ataques cardíacos — que se encarga de desengañarle contándole que el chico se había burlado, en su presencia, de él, y que el libro se lo había regalado sólo para obtener el aprobado.

La acción es tan vituperable, que produce el espanto del tercero en discordia, que no pudiendo soportar la presencia de aquel "monstruo", se despide definitivamente de ella, entre maldiciones pavorosas.

Como ustedes ven no pasa del melodrama. Morboso e inmoral, por su melodramatismo fuera pequeño achaque. Nunca se evitará que por nuestros escenarios dancen compañías que exhiben los frutos de imaginaciones calenturientas o perversas. Pero lo que no justifico, lo que me llena de dolor y me parece increíble, es que grupos de juventud generosa, espléndida, abierta a todos los ideales — como estos chicos del T.O.A.R., que, al fin y al cabo, son militantes de Acción Católica —, se dejen cazar por el espejuelo brillante de un Arte que ni es moderno ni es conciliable con la moral católica ni tiene parentesco ni posible conciliación con el arte auténtico creado a la sombra de la Iglesia.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Un dirigente del M. R. P. enjuicia la situación política de Francia. Reunión de la Junta Política. - Propaganda sionista en Norteamérica. Los peligros del progresismo. - El general Lonardi ha muerto. LA AMENAZA COMUNISTA ES MAYOR QUE NUNCA.

Del 11 al 15 de marzo

UN DIRIGENTE DEL M. R. P. ENJUICIA LA SITUACIÓN POLÍTICA DE FRANCIA

La nueva revista francesa "Itinéraires", cuyo primer número, de interesante y profundo contenido, acabamos de recibir, publica, en su sección de Documentos, varios fragmentos de un artículo aparecido en el diario "Le Monde", de París, firmado por Georges Hourdin, en el que este escritor expone su pensamiento político en relación con las elecciones generales celebradas últimamente en su país.

Para calibrar la importancia de algunas de sus afirmaciones, conviene tener presente que Georges Hourdin es director de la "Vie Catholique Illustrée", de las "Informations Catholiques" y de "Radio-Cinéma-Télévision", administrador de la "Sofrad", vicepresidente de los programas de la Radio-Televisión francesa, etc.

Hecha esa somera presentación, que precisa mejor que cualquier comentario la gran influencia que ejerce George Hourdin sobre una masa importante del público francés y en particular de un sector de la opinión católica, veamos algunas de sus más destacadas afirmaciones sobre la situación política francesa, en las que se precisa, por otra parte, una manera peculiar — bastante generalizada, por desgracia — de enjuiciar el grave problema de la escuela católica.

"Una vez más — dice Georges Hourdin —, el día 2 de enero de 1955 voté a favor del Movimiento Republicano Popular. A pesar de lo que crea François Mauriac, no siento por ello vergüenza, ni espero haya de arrepentirme en el futuro. Haciéndolo así, he querido votar expresamente por el Frente Republicano, porque, a pesar de todos mis esfuerzos, no logro distinguir, por lo que al programa político inmediato se refiere, a los radicales mendesistas y a los socialistas de un lado y a los republicanos populares de otro..."

"Ciertamente que para poner obstáculos a las necesarias colaboraciones, existe la famosa cuestión religiosa. He ahí un argumento más serio, y del cual conviene hablar inmediatamente. La cuestión religiosa, en efecto, ha dividido durante sesenta años, hasta febrero de 1934, a los dos principales grupos de la Cámara francesa... Los republicanos populares, por lo menos en su mayor parte, proceden de las organizaciones de Acción Católica, pero en realidad lo que les ha puesto en movimiento el día que decidieron intervenir en política, fué la voluntad de dar a conocer las exigencias sociales de la Iglesia. Era también el amor a la democracia, el deseo de no mantenerse separados de su pueblo, la necesidad de que la libertad fuera en provecho de todos. Los colaboradores y los apoyos de que goza Mendes-France son a menudo de origen judío, pero han luchado junto a nosotros durante cinco largos años contra el facismo perseguidor. Eso conveniría no olvidarlo hoy. Sus amistades políticas afines pertenecen a la masonería, pero han dejado a un lado el anticlericalismo, realizando completamente su programa, que era la laicización

del Estado republicano, operación que los católicos han aceptado en su conjunto, ya que ella ha determinado un extraordinario renacimiento del sentimiento religioso en nuestro país...

"El Movimiento Republicano Popular es esencialmente un partido de centro, es decir, que se halla destinado a colaborar sucesivamente, para asegurar la marcha normal de nuestras instituciones, con los moderados, entre los cuales inscribo a los radicales... y con los socialistas... Partido de centro por su propia naturaleza, el Movimiento Republicano Popular posee un programa orientado hacia la izquierda — tanto si sus dirigentes son o no conscientes de ello — en razón de sus orígenes y de esta apertura que da siempre el cristianismo hacia los problemas que plantea la realización de la justicia o el establecimiento durable de la paz..."

Una consideración atenta de los fragmentos que acabamos de reproducir, puede ayudarnos a tener un conocimiento cabal de la posición exacta de ese catolicismo izquierdista", uno de cuyos portavoces, por su situación y por su influencia, es precisamente el señor Georges Hourdin, que a sus cargos ya mencionados une el de ser miembro activo de los organismos dirigentes del M. R. P.

REUNIÓN DE LA JUNTA POLÍTICA

Leemos en "La Vanguardia Española", de Barcelona:

"A las seis de la tarde (del día 13) se reunió en la Residencia de El Pardo, bajo la presidencia de su excelencia el Caudillo y Jefe Nacional de la Falange, generalísimo Franco, la Junta Política de F. E. T. y de las J. O. N. S.

"El Jefe Nacional de la Falange informó ampliamente ante los miembros de la Junta Política sobre los diversos aspectos de la política nacional e internacional realizada por el Régimen en el año pasado y trazó normas a la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. para la orientación de sus actividades en el futuro.

"Por el ministro de la Gobernación se dio cuenta de los incidentes universitarios y se acordó nombrar una ponencia que estudie la situación política e informe en la próxima Junta. Los delegados nacionales de Sindicatos, Sección Femenina y Frente de Juventudes expusieron problemas específicos de su respectiva competencia.

"A la reunión del más alto organismo de F. E. T. y de las J. O. N. S. asistieron, con el ministro Secretario general del Movimiento, don José Luis Arrese; el de la Gobernación, don Blas Pérez González; de Educación Nacional, don Jesús Rubio; de Trabajo, don José Antonio Girón de Velasco; ex ministros don Raimundo Fernández Cuesta, don Demetrio Carceller Segura y don Rafael Sánchez Mazas; vicesecretarios generales del Movimiento, don Diego Salas Pombo, y de Secciones, don Juan José Pradera; delegada nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera; don José Antonio Elola Olaso; delegado nacional de Sindicatos, don José Solís Ruiz; delegado nacional del Frente de Juventudes, don Jesús López Cancio; director del Ins-

tituto de Estudios Políticos, don Francisco Javier Conde García, y delegado nacional de Sanidad, don Agustín Aznar."

Del 16 al 20 de marzo

PROPAGANDA SIONISTA EN NORTEAMÉRICA

Sobre la importancia de la televisión y el sistema de su empleo en los Estados Unidos, nos da una glosa muy oportuna el corresponsal de "La Vanguardia Española" en Nueva York. Veamos:

"La televisión — dice — tiene aquí una preponderancia única. Está en todas las casas y ha destruido en cierto modo la intimidad del hogar, con su ventana abierta a todo el mundo y a todas las informaciones. Es un medio potente y único, de gran influencia sobre millones y millones de consumidores. Ayer se proyectó un interesantísimo reporte sobre Israel y Egipto, con varias entrevistas, entre ellas dos con el primer ministro de Egipto, Nasser, y con el de Israel, Ben Gurion. Su desarrollo permite juzgar sobre los objetivos más que dudosos de la neutralidad informática. No es asunto nuevo, claro, y siempre existirá, pero conviene señalarlo para que el lector al menos sepa en ocasiones el engaño en que vive. El autor de la información es Edward Murrow, que goza aquí de gran fama. La manera de enfocar el reporte es netamente favorable a Israel, aunque procurando siempre dar la sensación de neutralidad, lo que es mucho más grave. Parece que sea por puro azar que se haya escogido de la parte israelita lo que pueda despertar mayores simpatías entre el pueblo norteamericano. El propio Murrow es quien entrevista al primer ministro judío, dando con su presencia mayor importancia a esta entrevista, aparte de ganarse la admiración de la importantísima minoría judía de este país.

"De Israel se presentan los aspectos más favorables: el desarrollo industrial, agrícola, cultural, la manera de vivir, parecida a la de este país. Dos o tres de los entrevistados eran judíos norteamericanos y habían luchado en la guerra. Hablan en inglés, con acento de aquí. Siempre que hablan, se refieren a la democracia, a la libertad y a su deseo de vivir en paz.

"De Egipto sobresalen aspectos menos gratos, llevándonos las cámaras a los barrios pobres, a los suburbios, y pasando por encima algunos aspectos de una ciudad de tanto prestigio como El Cairo. Algunos de los entrevistados hablan de Norteamérica dándola como culpable de lo que allí sucede, con lo que la impresión para el norteamericano es contraria."

Casi simultáneamente con esa retransmisión televisada — en la que es de apreciar, por lo que dice el corresponsal, la "objetividad" marcadamente sionista de su autor y, naturalmente, de sus organizadores — el representante de Israel en Washington visitaba por enésima vez el Departamento de Estado solicitando el envío de armas. ¿Qué clase de armamento es el que solicita Ben Gurion? No lo precisa la información. Sólo sabemos que hace dos años — lo recordaba

LA VERDADERA PAZ

Alto y precioso es el valor de la paz para todos los hombres, y especialmente para los cristianos.

Somos hijos de Aquel que fué proclamado por el profeta Isaías "Príncipe de la Paz"; de Aquel en cuyo nacimiento anunciaron los ángeles "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"; de Aquel que, después de su gloriosa resurrección, dirigía a sus discípulos el amable saludo que repiten en sus Misas los Obispos, "Pax vobis", "Paz a vosotros"; de Aquel, finalmente, que legó a sus fieles la paz como preciosa herencia, diciéndoles, "La paz os dejo, mi paz os doy". Pero hay que fijarse en que añadió a continuación: "No os la doy yo como la da el mundo". Porque hay paz verdadera de Cristo y paz falsa del mundo.

La paz verdadera es "la tranquilidad en el orden". La paz falsa es "la conformidad en el desorden". Jesucristo no vino a traernos esta paz falsa. Por eso, aludiendo a ella, y a las luchas que provocaría, hasta en el seno de las familias, la profesión valiente de su doctrina, nos dejó dicho: "No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí".

Y, para que no se asusten sus discípulos, si la fidelidad a su doctrina les llega a costar la vida, les dicta Jesucristo esta regla paradójica del ganapierde espiritual: "El que halla su vida, la perderá; y el que la perdiere por mi causa la hallará".

Mons. Zacarías de Vizcarra.

(Ecclesia, 17 marzo 1956)

Nasser a Edward Murrow — parte de la prensa norteamericana, "dirigida por periodistas semitas o con grandes grupos de lectores de esa raza" — lo afirma Ángel Zúñiga —, publicaba una noticia fechada en Israel asegurando que las tropas de ese país podrían presentarse en las puertas de El Cairo en cuatro horas. Por lo visto, con el armamento soviético de que dispone en estos instantes Egipto, los tanques judíos no podrían realizar semejante proeza. ¿Es eso lo que inquieta al sionismo?

Porque la verdad es que ni en Tel Aviv ni en Nueva York hay grandes temores de que los tanques egipcios se presenten en cuatro horas frente a la residencia de Ben Gurion. "Israel — acaba de decir el gobernador neoyorkino, Harriman — debe continuar existiendo", hasta el punto de que, si fuera "atacado", habría de ser defendido "por fuerzas de otros países, incluido Norteamérica".

Estos datos son bastante elocuentes para comprender, una vez más, la importancia de la influencia judía en los Estados Unidos. Incluso el ex jefe laborista inglés, Attlee, se ha lamentado de las considerables dificultades con que Gran Bretaña se enfrenta en relación con Israel, dado el considerable apoyo con que este país cuenta, y es natural, en los Estados Unidos.

Lo que no acabamos de entender es por qué ha de ser tan natural el apoyo norteamericano a Sion. ¿Será, quizás, tan sólo por los millones de votos que representa la

minoría judía de la ciudad de Nueva York?

LOS PELIGROS DEL PROGRESISMO

En "La Civiltá Cattolica", el P. Messineo, S. I., publica un artículo sobre los peligros del progresismo, en el que, entre otras cosas, según la referencia que nos da la agencia Efe, dice lo siguiente:

"El progresista es el hombre de la distensión, es un factor convencido de la mano tendida, un producto del diálogo con las corrientes marxistas, cuando no es directamente un secuaz y un sostenedor, sin llegar a adherirse como gregario por cierto residuo de resquebrajamiento entre su visión del mundo y la propaganda por el comunismo. Lo extraño es que mientras el progresismo postula el abandono de la distinción maniquea entre comunismo, marxismo y cristianismo, con una inteligencia y una coexistencia apoyadas en la desaparición de la tirantez, introduce aquella misma oposición inconciliable entre el cristianismo y las corrientes que estigmatiza con la denominación despectiva de «derecha reaccionaria». El principio del mal está para él condensado en la derecha, abismo oscuro de fuerzas reaccionarias en acecho, dentro del cual arroja, con sentencia inapelable, a cuantos son contrarios a las ideas y tendencias progresistas. Trabajo y capital se oponen como el bien y el mal: las clases se agitan unas contra otras y la dinámica social se detiene por su lucha. El progresismo resulta así

clasista, rodando por la pendiente hasta confundirse con el marxismo puro."

"No será fácil — dice el P. Messineo — desenredar la madeja en este momento crítico de extravío ideológico y práctico, del que se pueden temer las peores consecuencias para los valores inmortales de nuestra fe y de nuestra civilización cristianas."

Del 21 al 25 de marzo

EL GENERAL LONARDI HA MUERTO

"En una mañana fría, invernal, sobrevinida repentinamente después de los precedentes días calurosos — escribe el corresponsal de "Arriba" en la Argentina —, Buenos Aires ha despedido los restos mortales del general Lonardi. Durante veinticuatro horas el desfile ante la capilla ardiente no se interrumpió, y aunque durante la noche aumentó la crudeza de la temperatura, la manifestación de pesar ocupaba varias manzanas de casas... La familia Lonardi ha querido para su deudo un final íntimo y sencillo. Aunque el Gobierno le concedió los honores de Presidente en ejercicio, los familiares rehusaron, como se sabe, el escenario de la Casa Rosada para la capilla ardiente..."

Según el referido corresponsal más de medio millón de personas acompañaron el féretro hasta el cementerio. Con la muerte del general Lonardi desaparece una de las figuras clave del levantamiento argentino contra el Gobierno perseguidor de Perón. Con ella desaparece también una esperanza del pueblo argentino en orden a una política básicamente católica y patriótica que encontró inmediatamente la oposición furiosa de la masonería, del radicalismo y de los socialistas, hasta apartarle del mando político, junto con sus más íntimos colaboradores...

LA AMENAZA COMUNISTA
ES MAYOR QUE NUNCA

Según una información procedente de Londres, durante la sesión secreta celebrada en el XX Congreso del partido comunista, en la que Krushev hizo una dura crítica de Stalin, uno de los delegados preguntó: "¿Cómo pudistes aguantar? ¿Por qué no lo mataste?"

Al parecer, según dice Guy Bueno en una de sus crónicas, eso fué lo que en realidad ocurrió. Es decir, "Krushev y sus amigos pusieron efectivamente fin a la vida de Stalin, y ello explicaría la inmediata rehabilitación de los once médicos acusados de complot contra la vida del dictador rojo". Y añade más adelante el corresponsal: "Krushev y sus amigos habiendo eliminado, pues, físicamente a Stalin, no han tenido más remedio que derribar y destrozarse también al ídolo para evitar ser, a su vez, víctimas póstumas de su víctima. Esta impresión parece estar compartida, por cierto, por las altas jerarquías del partido laborista británico, cuyas opiniones, al cabo de una larga entrevista con Malenkov (todavía en Londres), en la que le sometieron a durísimo interrogatorio, han sido — según me ha confiado una de las personalidades de dicho partido — que los nuevos dirigentes rusos están "genuinamente preocupados por poner un término al régimen de terror staliniano".

De todos los modos, lo verdaderamente cierto es que en estos momentos — como acaba de afirmar el senador católico Mac Carthy — la amenaza de la dominación comunista en todo el mundo es mucho más seria que lo fué jamás.

JOSÉ-ORIOL CUFFÍ CANADELL
"Shehar Yashub"

CON CENSURA ECLESIASTICA

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Editorial Litúrgica Española, S. A. — Barcelona

EL CORO DE LOS SANTOS. Hagiografía anecdótica para el hogar cristiano. Wilhelm Hünermann.

El ritmo apresurado que marca la vida agitada de hoy ha dejado morir, ya casi en olvido, aquella hermosa costumbre de leer en el hogar, luego del rezo del rosario, en la íntima reunión de la familia, un trozo de la vida de algún santo, con preferencia el Santo del día, como quien repasa con noble orgullo y afanes de sana emulación antiguos pergaminos de familia en los que se narran las acciones heroicas de los antepasados. Ni la frivolidad de nuestros días halla tiempo para ello, ni se aviene la nueva mentalidad con el estilo serio y reposado de aquellas antiguas colecciones de vidas de santos, reunidas bajo el expresivo nombre de "Año cristiano". Ahora es preciso para interesar, sobre todo si de nuestras juventudes se trata, presentar las cosas dotándolas de esa fuerza de atracción irresistible, que hoy se maneja con habilidad en todos los órdenes.

El autor de este libro ha tenido el mérito de haber sabido combinar en él lo atractivo de la forma con la seriedad del fondo sin merma alguna de lo espiritual y de presentar la vida de los santos del año litúrgico en un estilo completamente nuevo. Será útil lo mismo a los párrocos y catequistas, como a los colegios y bibliotecas de sus asociaciones, pero en la mente del autor fué principalmente destinado a las familias y para ellas cumple una misión especial. Escrito en forma anecdótica, se sigue con el más vivo inte-

rés y resulta muy propio para la lectura colectiva. Los episodios están bellamente situados. Los mismos títulos que encabezan el capítulo en la vida de cada santo, se rodean de un halo de misterio que invita a leer. Engalanado el relato con este rico ropaje externo se cuida de mantener siempre vivo el fondo del asunto poniendo de relieve, con gran habilidad, el rasgo principal de la virtud de cada santo, aquello en que podemos y debemos imitarle. Lo que tal vez difícilmente se hubiera logrado de otro modo, lo consigue este libro, lleno de gracia dinámica, de realismo y de interés. Se lee siempre con agrado y espiritual provecho y es un precioso regalo que puede ofrecerse en la seguridad de haber acertado en la elección y de hacer por su medio un gran bien.

M. L. A.

Luis Gili, editor. — Barcelona

COLECCIÓN DE 100 ESTAMPAS BÍBLICAS EN COLORES (Antiguo y Nuevo Testamento). Ilustraciones de J. Schnorr de Carolsfeld.

Presentada esta colección en su cajita-estuche resulta muy adecuada para regalo o premio de Catecismo. Por su medio se logrará interesar vivamente a los niños, iniciándolos en el estudio de la Sagrada Biblia, que aprenderán fácilmente, a modo de recreo, mientras contemplan los hermosos cuadros, cada uno de los cuales lleva al dorso el texto explicativo correspondiente.

M. L. A.

TITULO DE INMEDIATA APARICION:

EN TORNO A ARANGUREN Y LA AUTOCRITICA

por

JOSE RICART TORRENS, Pbro.

De la Comisión Diocesana de Prensa, Radio y Publicaciones

Publicaciones CRISTIANDAD distribuída por

T A B E R

Templarios, 12 BARCELONA Teléfono 31 52 42

PRÓXIMO A AGOTARSE

LA CONJURA REVOLUCIONARIA DEL 14 DE ABRIL

por

JOSE-ORIOI CUFFÍ CANADELL y PABLO LOPEZ CASTELLOTE

Prólogo del Excmo. Sr. CONDE DE SALCES DE EBRO

UN MOMENTO CRUCIAL:

«Aquello era el principio del fin. En cinco años estuvo España madura para la terrible guerra civil que debía costarle un millón de muertos.» (Capítulo V de *La conjura revolucionaria del 14 de abril.*)

UNA TAREA IMPRESCINDIBLE:

«Es tiempo de propagar esto, por cuanto los tiempos de esta era atómica se suceden vertiginosamente y las gentes olvidan la lección del 31, y en afanes inmediatistas se lanzan a improvisar alegremente o se prestan a seguir siendo instrumento de aquellas mismas tortuosas maquinaciones.» (Conde de Salces de Ebro, en el prólogo a *La conjura revolucionaria del 14 de abril.*)

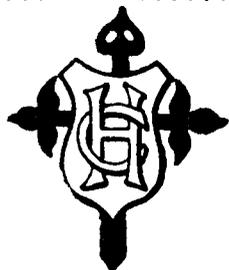
UNA OBRA QUE RECUERDA UNA LECCION QUE JAMAS DEBIERA OLVIDARSE

Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas



Badajoz, 112
BARCELONA



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

"ESTEVE Y SAURET"

DE

SAURET Y FLAQUER, S. R. C.

DISTRIBUIDORES DE LOS VINOS **MARFIL** DE "ALELLA VINICOLA"

DESPACHO: Angeles, 16 - Teléfono 21 43 92

ALMACENES: Joaquín Costa, 4 y Angeles, 16

BARCELONA

GARANTÍA DE SUPREMA CALIDAD



INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ